

## **Más de 180.000 inmigrantes venezolanos están atrapados en el limbo, tras las nuevas políticas de inmigración**

- Camila Llorente

Mientras Ligia—una madre de 33 años—y su familia se preparan para recibir el año nuevo—2021, en Venezuela, su esposo, y padre de tres hijos recibe una carta de despido de su trabajo. Al no poder encontrar ninguna fuente de empleo en Venezuela, y con toda su familia ya fuera del país, vendieron todo lo que tenían —carros, casa, televisión, ropa— y emprendieron un viaje de 10 días desde Maracaibo, Venezuela hasta Katy, Texas. Con tres bolsos pequeños en los que llevaban tres mudas de ropa, juguetes, medicinas, dinero en efectivo, sus pasaportes y partidas de nacimiento, emprenden este viaje con la esperanza de encontrar una vida mejor para sus hijos: Isabel, de 9 años, Ana, de 7 y Lucas, de 3.

“La gente en Venezuela se estaba muriendo de hambre; estaban necesitados. Tenía amigos en esa situación y, obviamente, no queríamos llegar allí,” dijo Ligia, que pidió no usar su nombre completo por razones de seguridad. “Temíamos que el dinero se acabara.”

Ligia y su familia se sintieron afortunados en su viaje a Estados Unidos en comparación con otros que de los que han hecho este viaje han perdido incluso la vida en el camino, como muchos que han cruzado el Tapón del Darién, una región situada en la frontera entre Colombia y Panamá. Cruzar esta brecha significa caminar algo más de 100 kilómetros por una selva llena de narcotraficantes, de guerrillas armadas y de animales peligrosos que forman parte de la fauna de esta región. Este año, muchos venezolanos han arriesgado sus vidas tratando de llegar a territorio estadounidense, como informó el New York Times. La parte más difícil del viaje de Ligia fue esperar tres días en los refugios del gobierno americano, separada de su marido, sin saber qué pasaría después. Describió los refugios como grandes y frías cabañas, con suelo de caucho, donde ella y sus hijos pasaban el día, sin apenas poder dormir, a la espera de que llegara un guardia con una lista anunciando su liberación.

Pero cuando Ligia describió el momento en que pisó Estados Unidos, a través de nuestro vídeo de WhatsApp, sus ojos se iluminaron y una gran sonrisa se apoderó de su rostro. Su hermano y sus padres, en Texas, les estaban esperando, algo atípico para la nueva ola de inmigrantes venezolanos. Muchos llegan aquí sin saber a dónde ir ni a quién dirigirse.

Este último año más de 180.000 venezolanos, como Ligia y su familia, han cruzado la frontera entre México y Estados Unidos, según un comunicado del Departamento de Seguridad Nacional (DHS, por sus siglas en inglés). Han arriesgado sus vidas en un peligroso viaje para escapar de la dictadura del presidente Nicolás Maduro. Pero en octubre, el gobierno de Biden anunció la extensión del Título 42, una medida impuesta durante la pandemia por el gobierno de Trump, que impide a los migrantes solicitar asilo en la frontera. Así, los venezolanos que antes eran

excluidos de esta política son ahora expulsados del territorio estadounidense. Y debido a que tantos venezolanos están huyendo de su país, la administración de Biden también anunció un programa de libertad condicional para la entrada a Estados Unidos de venezolanos que necesitan protección. Permitiendo que hasta 24,000 ciudadanos venezolanos puedan ahora solicitar la entrada desde afuera de EE.UU—Permiso de Permanencia Temporal. Sin embargo, miles de venezolanos como Ligia, que vinieron en busca de asilo, se ven obligados a permanecer en un estado de ilegalidad porque este programa no aplica a las personas que ya están dentro de los Estados Unidos.

Ligia soñaba con venir a Estados Unidos para trabajar en su campo profesional. Pero, al llegar y conocer su situación legal, este sueño se volvió algo inalcanzable. Mientras hablaba conmigo por WhatsApp, con poco tiempo — porque su día consiste en poder combinar las responsabilidades de madre, ama de casa y de proveer por su familia — me cuenta que nunca hubiera imaginado los retos a los que se enfrentan en Estados Unidos y lo difícil que es alcanzar su sueño. Con los ojos llenos de lágrimas confesó que ahora mismo no está segura de si ha merecido la pena todo el sacrificio que hicieron para llegar hasta Estado Unidos.

“Si me preguntas si lo volvería hacer, te digo que no. No lo haría”, dijo Ligia.

David Smolansky, Comisionado del Secretario General de la OEA para la crisis de los migrantes y refugiados venezolanos, me dijo que hay cinco razones principales por las que 7.1 millones de venezolanos han emigrado desde 2015— según [datos de la Agencia de la ONU para los refugiados](#).

Primero, la emergencia humanitaria, concretamente la escasez de alimentos y la dificultad para acceder a ellos. Segundo, el colapso del sistema de la salud pública. Tercero, las violaciones a los derechos humanos por parte del régimen. Cuarto, la inseguridad, los altos índices de criminalidad, y por último la falta de servicios esenciales como agua, combustible y electricidad.



“Venezolanos haciendo fila en el depósito de Acción Social Venezuela, esperando para poder obtener lo que necesiten”  
(Crédito de la foto: Cortesía de Diana Mendt)

“Venezuela no se ha arreglado. Venezuela se está desintegrando. Nadie se va de un país que se ha arreglado”, dijo Smolansky.

Al igual que Smolansky, otros venezolanos que emigraron en años pasados han decidido dedicar parte de su vida a ayudar a los nuevos venezolanos que entran en el país. Diana Mendt, una arquitecta y activista venezolana-estadounidense de 66 años que se trasladó a Estados Unidos en 1983, también forma parte de ese grupo.

Mendt dirige Acción Social Venezuela, una organización sin ánimo de lucro de Houston que recoge donaciones para los inmigrantes venezolanos para darles una mano cuando están recién llegados. Acción Social alquiló dos depósitos para poder guardar todas las donaciones. Estos depósitos están repletos de ropa, muebles, juguetes, toallas, sábanas, almohadas, cunas, etc. Todos los sábados, decenas de venezolanos hacen cola, esperando obtener todo lo que necesitan.

Mendt cuenta que los nuevos inmigrantes llegan con la piel quemada por el sol, los zapatos dañados o mojados, bolsas de plástico con sus pocas pertenencias y caras cansadas, de personas que no han podido dormir bien por varios días. Para ella, lo más duro es ver las caras asustadas de los niños, a los que intenta distraer con juguetes mientras sus padres toman lo que necesitan del depósito.

Como venezolana americana, entiende que la crisis migratoria afecta a muchos en el país. Pero no apoya las decisiones tomadas últimamente por el gobierno de Estados Unidos.

“Para mí, es lo más injusto del mundo. Porque, por un lado, los americanos decimos, caramba, estoy pagando para que esta gente se quede aquí ilegalmente. Así que, para nosotros, como americanos, es terrible. Pero, por otro lado, yo digo, bueno, esta gente viene de un lugar donde no tienen absolutamente nada, empezando por el hecho de que ni siquiera tienen agua”, dijo Mendt. “Entonces, ¿cómo es que después de que se les dice que vengan, porque fueron invitados, y de repente, no pueden entrar, tienen que volver? ¡Hola?! ¿Quién va a volver después de arriesgar su vida?”

Smolansky también cuestionó el cambio de política del gobierno estadounidense, dado que éste considera a Venezuela una dictadura. Señaló que la libertad condicional humanitaria ofrecida por el gobierno estadounidense no es accesible para la mayoría que intenta huir del país.

Tanto Mendt como Smolansky creen que esta nueva política requiere cambios y que los 180.000 venezolanos que están en el país, como Ligia, deben tener la oportunidad de salir adelante en este país.

“Creo que, en primer lugar, tienen que aumentar el número del parole humanitario. Porque ahora de humanitario no tiene nada,” dijo Smolansky. “En solo un mes, han entrado más venezolanos al país que el número de paroles humanitarios que se han otorgado.”

Y, como muchos otros venezolanos, Ligia no está aquí porque haya soñado con salir de su país: tuvo que hacerlo. Pero ahora, Ligia quiere trabajar, aprender inglés y convertirse en profesora bilingüe. Quiere sentirse parte de la sociedad estadounidense, aunque sabe que el camino es duro.

“Ahora mismo, no puedo decir que sea feliz. Pero la verdad es que emigrar es un camino de resiliencia,” dijo Ligia.